

Del vértigo de tantos absurdos, de tantos errores, de tanta ignorancia de las nociones mas óbvias del derecho y del progreso moral; de ese vértigo en que no aparecía otra cosa clara que la deplorable confusion de la libertad con la soberanía popular, nació, consagrado por ésta, el nuevo imperio, que restableció el antiguo régimen, tratando de realizar en los tiempos modernos la unidad absoluta de la edad teocrática, apoyándose por un lado en la fuerza de las armas, y por el otro en un parlamentarismo enfermizo, que, mediante la metafísica y las ficciones de una falsa filosofía, trata de convertir en doctrina semejante embrion.

Esta es la genealogía de la desgraciada anarquía en las ideas y de la consiguiente perturbacion en que se halla hoy el progreso moral en *todos los países* que recibieron el primer impulso de la revolucion. Pero el progreso moral no ha muerto, solamente se halla embarazado en sus desarrollos. Quinet pinta con mucha verdad estos parasismos de las revoluciones, hablando de la Francia: « Cuando por efecto, dice, de una celada bien tendida, ó por el cansancio que se apodera de los mejores, ó porque entre sí se hayan matado, desaparecen aquellos que conducian al pueblo, el sorprendente espectáculo que se presenta es el fin de la revolucion. Privados de aquellos que les daban el impulso de vida, los pueblos desencadenados, para quienes la tierra parecia pequeña, se delien. Ese es un rio privado de sus fuentes, se agota pronto. Una desesperacion súbita se apodera de la multitud. Como si los pueblos no hubieran recibido mas que una vida prestada, la pierden, perdiendo á sus antiguos jefes. Esta materia incandescente se resfria poco á poco, desde que no recibe diariamente la irradiacion de las grandes almas que ha dejado perecer. Por grados, ella decae en el estado de inercia de que habia salido. En esos momentos, podeis hacer cuanto queráis de esa materia resfriada. Parece que el alma la ha abandonado, parece muerta. En efecto, ella sufre to-

das las consecuencias de este estado, hasta que surgen nuevos individuos que por su propia energía le comunican nueva vitalidad. Sin embargo, no creais que esas masas, aunque hayan caído en la inercia, recaen en el estado antiguo en que las habia encontrado la revolucion. Aquel largo y sangriento trabajo no ha sido inútil; ellas han sufrido su impresion, y han recibido multitud de gérmenes por ahora invisibles, que esperan la ocasion de aparecer. En una palabra, aunque semejantes en apariencia á lo que eran, las masas del pueblo son bajo muchos respectos todo lo contrario. Han sido arrojadas á un molde nuevo, y de este saldrá una nueva sociedad. Así es como en las revoluciones del globo, hay algunas masas que parecen sepultadas. Casi todas las organizaciones vivientes que producian han perecido, y solo queda, en apariencia, un vasto sepulcro.

« Mas aquellas épocas, al perecer, han dejado en sus ruinas ciertos gérmenes de vida, y han sobrevivido los individuos mas poderosos ó mas favorecidos. Al primer impulso de la naturaleza viviente, reaparecen nuevos tipos de organizacion y faunas nuevas. En este mundo que surge, están los representantes y los análogos de las organizaciones anteriores. Todo se liga al pasado, y sin embargo casi todo es nuevo. — En las revoluciones humanas, tales como la revolucion francesa, no se desarrollan de otra manera las maravillas de la vida social. Despues del trabajo de las pasiones y de las cosas, la inercia, el sueño, la esclavitud. Al primer aspecto, los hombres pueden creerse revaciados en el antiguo molde, pero éste ha sido quebrado por una mano poderosa y nadie puede rehacerlo. De aquí las formas imprevistas, los espíritus que parecen sin antepasados, las organizaciones sociales, las obras sin tradicion, como sin precedentes, y si pudiera decirse, una fauna humana casi enteramente nueva.

« Despues de la caída de la revolucion, 18 brumario, es verdad que se ven los análogos y los representantes



de todo el pasado. ¡ Parece que se ha vuelto al punto de partida anterior, á 89 ! Nobleza de espada, jerarquía, centralización, intendentes bajo el nombre de prefectos, poder absoluto bajo el nombre de dictadura perpétua. Las viejas formas sociales y políticas reaparecen las unas despues de las otras; muchos imaginan, esperan, temen una vuelta ciega al molde del pasado. Pero eso es una ilusión del espíritu. Una vez quebrado el molde de las cosas humanas, se rehace en una forma diversa, y nadie puede oponerse á que así sea. Las organizaciones que han desaparecido una vez, no reaparecen jamás. De la monarquía de Luis XIV á la monarquía de Napoleón, hay tanta distancia como del elefante velludo de la Siberia al elefante de nuestros días. Entre unos y otros, hay un diluvio. Esos organismos están separados por una revolución; que ha cambiado las condiciones de la vida, descendiendo hasta las entrañas del globo. No depende del hombre el extirparla, por más que haga. Así, cuando ha desaparecido la esperanza del corazón del hombre, ella salta de nuevo del mas profundo seno de la tierra. »

Y eso es porque el progreso moral no perece, aunque las ciegas y torpes reacciones que lo contrarian lleguen al parecer á sofocarlo. Nó, debajo de esas inmensas moles, la planta conserva su savia, y se desarrolla porfiadamente hasta que logra hacer aparecer sus brotes á la luz.

## VII

## SITUACIÓN DE LA REVOLUCIÓN HISPANO-AMERICANA.

La revolución hispano-americana ha seguido un rumbo análogo. Empeñado ese movimiento para independizar á las colonias de la Metrópoli, su resultado práctico y positivo no pudo ser otro que la reacción contra la civilización de la edad media, que se conservaba en todo su vigor en América, mediante el sistema colonial. Pero esa

reacción no podía tener otro impulso que el que le imprimian las mismas ideas positivas del progreso moral, y siendo en general poco definidas y aun problemáticas tales ideas, su impulso ha debido ser tambien vacilante y desigual.

Por una parte han contribuido [á esa indecisión en las nuevas ideas la tradición de las ideas teológicas y metafísicas, que constituían la base fundamental de la civilización de la edad media y del sistema colonial; y por otra la imitación de la Francia, poderosamente auxiliada por la influencia de las doctrinas de los escritores y de los gobiernos de esta nación. Así es que ha faltado una dirección certera y enérgica, en tanto que ha existido de un modo muy efectivo la fuerza motriz, que empujaba por sí sola la regeneración, á veces sin rumbo fijo, y en ocasiones haciendo una marcha circular, curva ó truncada, como la haría, según la comparación de Stuart Mill, una nave de vapor entregada al acaso.

Esa fuerza motriz ha consistido en una fuerte aspiración á lo nuevo, á la regeneración social y política, que ha dominado en los pueblos americanos. Las ideas viejas estaban por lo general desacreditadas y prevalecía respecto de ellas y de su verdad aquel escepticismo en que tuvo origen la revolución francesa y que ella ha contribuido á propagar en todo el mundo civilizado. Por eso es que las ideas teológicas y metafísica de las colonias apenas conservaban un débil apoyo en el sentimiento. Éste se adhería mas que á ellas, á los hechos prácticos que ellas habían producido, á los vicios de la administración colonial, á los hábitos, á las perversiones del buen sentido, á los intereses que formaban la vida pasada; pero como tales vicios, tales hechos, estaban tambien en descrédito y puestos casi en ridículo, la adhesión del sentimiento á ellos no era incontestable, ni aun era fuerte: de la debilidad del sentimiento en favor del pasado, sacaba pues su vigor aquella aspiración, que desde el principio adoptó como fin el establecimiento de las



formas republicanas, lanzándose en la vía de los ensayos y de las utopías.

Á la revolución americana le faltaron también hombres y pueblos que la comprendieran, y ha sido necesario que aquella vaga aspiración haya tenido una fuerza de expansión muy prodigiosa, para que haya alcanzado á realizar algo, sobre todo desde que han contribuido á su dirección los ejemplos y las doctrinas positivas de Inglaterra y principalmente de los Estados Unidos del Norte.

En esta marcha progresiva se hallan á la vanguardia Méjico, Colombia y Buenos Aires, en cuyos pueblos han dejado de tener la dirección de la moral y de la política las ideas de la edad media, y se han adoptado, con inmensos sacrificios, instituciones positivas, que consagran la práctica de los derechos humanos y que la ensayan todavía en medio de serias fluctuaciones. Entre tanto, en las demás repúblicas aun predominan en la vida social las ideas teológicas y metafísicas de la civilización de la edad media, y en Chile, mas que en ninguna de las otras, han logrado ellas reconstituirse en un cuerpo completo de instituciones, formadas bajo la inspiración y el modelo de las doctrinas de transacción de la Francia monárquica.

En verdad que no se puede acusar á las nuevas repúblicas de que en cincuenta años no hayan operado todavía una reforma radical, planteando la nueva forma del progreso, la semecracia, el gobierno de sí mismo. La transición de un período á otro no es obra fácil, ni de poco tiempo; dá por sí sola tarea para muchas generaciones. ¿Cómo cambiar en cincuenta años, ni en un siglo, las ideas sobre que ha descansado la sociedad durante la vida de muchas generaciones? ¿Cómo desarraigar los intereses y los malos hábitos que se han identificado con el sentimiento, si no es modificándolo por medio de las conquistas de la inteligencia y venciendo las preocupaciones con la demostración de la verdad? Estas ideas, estos intereses y estas preocupaciones pueden perder su

prestigio, pueden desacreditarse por medio de una filosofía negativa, como ha sucedido en Francia y en las Repúblicas americanas; pero no hay cómo reemplazarlas. Las nuevas ideas pueden ser puestas en duda y entonces la sociedad desalentada vuelve á lo conocido, á lo probado ya de antemano, y se contenta con modificaciones, con reformas parciales, que al fin acaban por rehabilitar el prestigio del pasado y restablecer su imperio. Pero ya entonces éste es poco duradero, su crédito vuelve, y las dudas amargas, el escepticismo agostador, los desengaños violentos aparecen otra vez y hacen mas dolorosa la situación.

Eso es lo que ha sucedido en nuestras sociedades. ¿Quién ha tenido en ellas ideas fijas sobre el desarrollo del progreso moral y político? Grandes estadistas lo han adivinado, eminentes escritores lo han servido, pero sin plan ni sistema, sin fé, y aun sin certidumbre de la verdad nueva.

No hay escritor alguno americano que nos presente en un cuerpo de doctrina ideas precisas sobre el progreso moral, ni principios positivos á que ajustar los arreglos sociales, ni nociones exactas que sirvan de criterio á las concepciones de detalle que el espíritu debe formar sobre los hechos de la vida práctica. Los unos han ilustrado las cuestiones morales y políticas, debiendo sus inspiraciones á la escuela metafísica francesa, presentándonos entidades ó ficciones en lugar de nociones prácticas y claras; los otros han pretendido aliar esas inspiraciones con los dogmas teológicos, ó con las doctrinas de transacción inventadas por los filósofos eclécticos del pretendido justo medio y por los publicistas parlamentarios, que han creído hallar en la monarquía constitucional la última expresión del progreso. Al lado de todos han aparecido ciertos escritores positivos que hallan la fórmula del progreso en el desarrollo material, y los que la encuentran en el predominio del principio de autoridad, ó que la buscan en la alianza del orden con la libertad, mediante



una autoridad fuerte que se constituya en el médico del enfermo que se llama pueblo, para ir administrándole la libertad por dosis, por gotas; ó que se constituya en el tutor del menor que se llama sociedad, para concederle los derechos poco á poco, para hacerle concesiones que aquella autoridad sola sabe medir, que ella sola sabe hacer con oportunidad. Otros escritores positivos, hallando sin verdad lo pasado, se han adherido ardientemente á la justicia sin definirla, han proclamado principios nuevos sin demostrar su verdad, han puesto su confianza en el porvenir sin descifrarlo ni señalarlo; y entre estos hay filósofos que comprendiendo que el modo de pensar teológico no puede en la época moderna darnos el criterio y la solución de las cuestiones sociales, se han ensañado contra los dogmas religiosos y han tratado de destruir el sentimiento religioso, sin darse cuenta de que la religion puede existir sin que sea necesario, para su existencia, que las cuestiones políticas y morales, que la ciencia, las artes y la enseñanza social, que la industria y el comercio sean regidos y encaminados por las ideas teológicas: el sentimiento religioso y la idea fundamental de la religion constituyen una de las esferas de la actividad del espíritu, que no puede aniquilarse; y si el progreso tiende á que ella no domine á las demás ideas fundamentales, á que ella no aspire á tomar la dirección completa del hombre y de la sociedad, no por eso debe negarle su libertad, esto es, su derecho de constituirse y de desarrollarse como todos los demás fines de la humanidad. Tal es la verdad que no han comprendido estos filósofos, bien que tal vez si la hubieran comprendido habrían aspirado, como otros en Europa, á inventar una nueva religion que reemplazase á las conocidas, que ellos han creído imperfectas. Las erróneas pretensiones de estos y de aquellos filósofos no han contribuido poco á sublevar los intereses religiosos contra el progreso y á extraviar á los hombres religiosos en una lucha en que la religion deja de ser la union del alma con Dios, para ser una cuestion de intereses

temporales. De esta espantosa confusion de teorías y de doctrinas teológicas y metafísicas solo han sacado partido en América, como en Europa, los especuladores, esos á quienes llaman en Francia los *habiles*.

Hé aquí un hecho que justifica á las repúblicas americanas. Si ha habido tal indecision en las ideas, tal incertidumbre en los principios y en las fórmulas del progreso intelectual, era lógico que fuese tambien incierta y fluctuante la dirección que se ha dado á la poderosa aspiracion, á la regeneracion social y política, que no solo ha existido en el espíritu, sino que ha sido tambien apoyada por el sentimiento, y que á fuerza de desengaños y de desencantos se ha fatigado casi en todas partes, contentándose con descansar sobre fórmulas dudosas é instituciones pasajeras.

Con todo, no abona esa excusa á todas las repúblicas. Señalando las leyes del progreso, hemos visto que él es obra de la libertad, y no de un desarrollo fatal y necesario, ni de una predestinacion divina, que no podria conciliarse con la naturaleza humana, cuyo carácter distintivo es la libertad. De aquí hemos deducido la responsabilidad de las generaciones, estableciendo, con A. Comte, que cada edad es en los momentos de su duracion el punto de partida y el punto de apoyo de la edad siguiente, y que por tanto tiene el deber de rectificar el pasado y de preparar el porvenir, comprendiéndolos ámbos en una solidaridad hereditaria.

Ahora bien, no todas las repúblicas americanas han comprendido y cumplido ese doble deber, como aquellas que han satisfecho la aspiracion de la revolucion, dirigiéndola siempre, bien ó mal, pero sin contrariarla jamás sistemáticamente. No tomamos en cuenta para este juicio los accidentes pasajeros, los errores sangrientos, las dictaduras efímeras, las ambiciones estúpidas que han surgido para desaparecer. No hablamos tampoco del Paraguay en que la revolucion apenas estalló para continuar la vida colonial bajo un nuevo poder que no hizo lugar á una